

469
185

UNA VISITA A CASA DE "PADRINO"



Textos: Luis Rolando Cabrera

Fotos: Rafael Pegudo y Fernando Fernández

Especial para EL MUNDO

EL padrino fué, en la Cuba Colonial y en la sociedad de nuestros primeros tiempos republicanos, un personaje de importancia. En los bautizos repartía obsequios y propinas y por toda su vida el ahijado contaba con la munificencia del que le había llevado a la pila bautismal. Esto, como muchas otras cosas, se ha ido opacando con el tiempo y los jóvenes de hoy no son tan apegados a su padrino ni éste es escogido con el cuidado de antaño en que los padres se preocupaban muy mucho de dar a sus vástagos, padrinos que en cualquier momento pudieran servirle de apoyo no sólo moral sino material.

Pero de la importancia de este personaje en la vida criolla quedó otra costumbre: la de llamar así al empenista, al hombre que en un momento de apuro, facilitaba unos cuantos pesos tomando en prenda la sortija, el reloj, el traje o los zapatos. Y en el argot callejero era frecuente oír frases como esta: "voy a tirar la majagua a casa de padrino"; "¿mi reloj? hace tiempo que lo tiene padrino"; "a esa fiesta voy yo de todos modos, aunque tenga que recurrir a padrino".

Y son muchos los cubanos de ésta y de otra época que han ido, aunque sea una sola vez en su vida, a pignorar al-

go, por necesidad o como consecuencia de una vida dispendiosa. Son muchos también los que no conocen nada de lo que se relaciona con estos establecimientos ni con el personaje que los regentea. Para unos y otros está escrito este reportaje.

El Monte Pío

Las casas de empeño datan, en Cuba, de los tiempos coloniales. Pero entonces era el Estado el que hacía las operaciones. De ahí nació el Monte Pío, fundado en 1844 y que todavía funciona en la vieja casona de la calle Oficios número 8 en esta ciudad. Pero ya no es lo de antes. Por desconocimiento o por otra causa el habanero ha dejado de ir allá y acude a las casas de empeño que vinieron después y se apoderaron del negocio.

El Monte Pío lleva ahora una vida vegetativa. Las grandes cajas de caudales guardan muchos depósitos judiciales y algunas prendas procedentes de empeño. Allí se cobra el diez por ciento anual y se dan facilidades al cliente. Necesita, eso sí, la ayuda gubernamental pues con los escasos créditos de que dispone mal se vería si acudiesen a sus oficinas los clientes que antes lo hacían.

Hemos consultado las estadísticas y encontramos que, por ejemplo, en 1901 se reali-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

zaron 1,296 operaciones con un monto de \$69,184.19 a la par que 1,288 rescates que devolvieron a la caja la suma de \$67,158.14.

Ahora, sólo se pignoran prendas pero si nos remontamos a épocas muy lejanas, a los primeros tiempos de la institución, encontramos en la "Gaceta de La Habana" correspondiente a enero de 1853, una citación para su- basta en que, entre otras cosas se mencionan: "unas despabiladeras con su plato, un orinal, una tachuela, dos cucharones y una jabonera de plata" estando todo este lote tasado en cuarenta y nueve pesetas.

La Casa de Empeños Típica

Por la relación anterior es de suponer el aspecto de bazar o rastro que tendría entonces el Monte Pío. Igual ha sucedido en las casas de préstamo. En las que pudiéramos llamar típicas se encuentra tanto un traje de casimir como una névera; una máquina de escribir al lado de una plancha eléctrica; un clarinete junto a un juego de cubiertos; unas sábanas de warandol haciendo compañía a un mantón de Manila y una vieja leontina del abuelo apareada a unos binoculares de nácar que alguna elegante del pasado siglo llevaba a las funciones de gala de Ta- cón.

Y decimos las típicas porque otras han evolucionado al compás de los tiempos y sólo negocian en joyas, habiéndose convertido en lujosas tiendas de prendas y objetos de arte en que uno puede hallar lo mismo un tresillo que un jarrón de porcelana legítima o un cuadro de valor.

También ha evolucionado el empeñista. Y aunque sigue habiendo muchos de la vieja estampa: un español atrincherado tras el mostrador siempre temiendo que le den la mala y cuidándose de la viveza del criollo, hay otros de la nueva promoción que reciben al cliente con una sonrisa, comparten en la cantina y hasta "echan un pie" en las fiestas de la ve- cindad.

Una Buena Época

Hay quien afirma que los momentos de depresión económica en el país son tiempos de buenos negocios para el empeñista. El reportero, sin habérselo preguntado a ninguno de ellos, entiende que es todo lo contrario. En los malos tiempos afluyen los marchantes que vienen a empeñar, pero no los que vienen a rescatar lo empeñado y escasean también los que comprenden una sortija, un reloj y un traje, prefiriéndolos de segunda mano para obtenerlos más baratos.

Por ejemplo, aquí, bien cerca de EL MUNDO, en el barrio de Colón, han florecido muchas casas de esta índole. En tres o cuatro manzanas pueden aún contarse más de ocho casas dedicadas a ese giro. La naturaleza de los vecinos del barrio hacía de las casas de empeño un negocio próspero. Gente fies- tera, dispendiosa, acostumbra- brada a vivir al día, la mayor parte de los clientes provenía de las casas de prosti- tución y de otros lugares por el estilo. Así era gente que empeñaba hoy para irse a una fiesta y mañana con veinte pesos, fácilmente ganados, rescataban lo pigno- rado, para repetir la opera- ción al sábado siguiente. Y la contadora, mientras tanto, tintineaba alegremente para los oídos del prestamista.



Los Tiempos Cambian

Ahora ya no se ven esos cuadros de algunos años atrás cuando cualquiera, con inclinación a los estudios sociológicos, podía lograr un verdadero cuadro de costumbres con estacionarse junto al mostrador de una casa de empeños. Había quien empeñaba el reloj para sacar un traje con que dar "un planete"; no faltaba quien llevaba hasta las sábanas y no miento al decir que conocí, allá por el año 34, a un policía que hizo posta más de un mes con un revólver de juguete en la funda, porque el suyo de reglamento estaba durmiendo plácidamente en la cajade "padrino". Se oían entonces diálogos maravillosos entre empeñista y cliente empecinado éste en sacar lo que pretendía y parado aquél en sus trece para no dar más que lo que él creía podía representarle un buen negocio. Y no faltaba tampoco el que quería obtener más dinero por lo que había empeñado y después de hacer al "padrino" un largo cuento, se salía al fin con la suya.

Ahora hay muchas casas de empeño que no hacen operaciones con ropa y sólo trabajan con joyas. Y hay muchas que limitan sus operaciones a clientes viejos, de esos que hacen del empeñar y rescatar, una cadena o de los que, aunque no rediman la prenda, pagan religiosamente la gabela para no perder el objeto con que están encariñados o que constituye un recuerdo de familia.

Frente a la gran caja del Monte Pío, el administrador del mismo, señor Antonio Escoto explica al reportero la forma en que se realizan las operaciones en la institución. "Estamos urgidos, nos dice, de la ayuda oficial. Se hace necesario que el gobierno vote un crédito para que esto funcione como es debido y se pueda acudir en auxilio de los muchos que lo necesitan". Si eso se hace el Monte Pío vendría a llenar, como antaño, una verdadera función social.

Pero, con aire acondicionado o a la antigua; al diez por ciento mensual o al cinco; dejándose a veces llevar del sentimentalismo ante un cuento bien hecho o poniendo por encima de todo el sentido práctico de la existencia, el empeñista sigue siendo parte integrante de la vida ciudadana y seguirá siendo para muchos el "padrino" al que acudir en los momentos de apuro.

